

HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE UNA CULTURA POLÍTICA. UN RECORRIDO POSIBLE DEL ANTIFASCISMO ITALIANO: TURÍN, PARÍS, CÚNEO

Leonardo Casalino*

Resumen

La cultura política antifascista ha sido el fruto de un intenso trabajo de historización, de una confrontación plena con la historia italiana y sus debilidades estructurales, que terminó por integrar la entera antelación de interpretaciones y de pluralismo, alcanzando así su fuerza más original. Un intenso trabajo que duró más de 20 años y que atravesó diversas fases, como la derrota de los años veinte, la de la formación de una nueva generación de antifascistas en el exilio después de 1929, la de los años de la Segunda Guerra Mundial y la Resistencia. Este trabajo reconstruye este proceso atravesando tres espacios geográficos precisos: Turín en los años '20, París en los años '30 y los valles de la provincia piamontesa de Cuneo en la primera mitad de los años '40, cuando el encuentro entre fascismo y antifascismo conoció su momento decisivo, aquel de la lucha partisana.

Palabras clave: Antifascismo - cultura política - fascismo

Abstract

The antifascist political culture has been the fruit of an intense work of historization, a total confrontation with Italian history and its structural weaknesses, that finished integrating the whole antecipation of interpretations and pluralism, thus reaching its more original force. An intense work that lasted more than 20 years and that crossed diverse phases, like the defeat of the years twenty, the one of the formation of a new generation of antifascist in exile after 1929, the one of the years of World War II and the Resistance. This work reconstructs that process crossing three precise geographic places: Turin in 20's, Paris in 30's, and valleys of the province of Cuneo (Piamonte) in the first half of 40's, when the encounter between fascism and antifascism knew its moment decisive, that of the partisan warfare.

Key Words: Antifascism - political culture - fascism

* Université Charles De Gaulle-Lille3. Dirección postal: Domaine universitaire du «Pont de Bois». Rue du Barreau, BP 149 59653 Villeneuve d'Ascq Cedex. Correo-e: lcasalino@hotmail.com.

El antifascismo italiano: apuntes para una definición general

La historiografía italiana ha intentado recientemente abordar el problema de la definición de qué cosa ha sido “el antifascismo”. Los estudios sobre este tema, de hecho, han estado condicionados desde larga data por la relación entre la oposición al fascismo y la experiencia de la Italia republicana constituida después de 1945. Esta característica ha hecho que interpretaciones aún radicalmente distintas entre ellas, hayan tenido un mínimo común denominador: estudiar “el antifascismo refiriéndose más a los desarrollos sucesivos de la historia nacional que a las características de su tiempo histórico específico”.¹ Una tendencia historiográfica que ha estado fuertemente influenciada por la constitución –a partir de la experiencia de la Resistencia– del sistema de partidos políticos que se afirmó en Italia durante los cuarenta y cinco años de vida de la República. La renovación de los estudios en este campo tendrá la necesidad de partir de una renovación metodológica que sepa considerar a los antifascistas como hombres de su época, más que como unos precursores de la política futura de Italia, y al mismo tiempo, que estudie sus acciones en relación al marco cronológico en que se da la específica resistencia antifascista: el ventenio del fascismo.

De este modo, se advierte entonces que la confluencia del antifascismo en la democracia no ha seguido un recorrido lineal, sino que ha sido el resultado de una experiencia tortuosa y rica en contradicciones. Por ejemplo, en la primera mitad de los años '20, las fuerzas democráticas tardaron en comprender que entre el fascismo y los valores de los cuales ellas eran expresión no se concretizaba uno de los múltiples frentes de la competencia política, sino aquel central y decisivo en torno del cual se habrían ordenado todos los otros. Antes de llegar a este estado de percepción política, fue necesario que se diluyera la ilusión de poder encontrar un compromiso con el fascismo, y que en el seno de los partidos políticos se consumara la separación entre quienes no transigían frente al régimen, y aquellos que adherían a él. Incluso los comunistas y los socialistas, que fueron las primeras víctimas de la violencia de los “camicie nere”, tuvieron la necesidad de un proceso de maduración antes de llegar a interpretar la oposición a Mussolini como la elección decisiva, de la cual habría dependido cualquier otro objetivo.²

A partir, pues, de los hechos que señalaron la consolidación del régimen –el asesinato de Matteotti (1924) y las *Leggi fascistissime* (1926)– se formó una línea política compuesta conjuntamente por las fuerzas políticas históricas, agrupadas en ese preciso momento contra lo que consideraban un enemigo común.

Ahora bien, partiendo de esta primera hipótesis interpretativa, es posible colocar el siguiente interrogante: ¿existía una cultura o una ideología política que estuviera en condiciones de unificar sensibilidades y tradiciones tan diversas como la comunista, la socialista, la democrática, la liberal y la católica? Para responder esta cuestión podemos

¹ Leonardo Rapone, *Introduzione a Antifascismo e società italiana (26-40)*, Torino, Unicopli, 1999, p. 7.

² Cfr. Pier Giorgio Zunino, *Interpretazioni e memoria del fascismo. Gli anni del regime*, Bari, Laterza, 1991, passim.

³ Norberto Bobbio, “L’ideologia del fascismo”, *Quaderni della Fiap*, 14, Federazione Italiana Associazioni Partigiane, 1975. Para una discusión más profunda sobre el tema, cfr. Giovanni De Luna y M. Revelli, *Fascismo -Antifascismo. Le idee, le identità*, Firenze, La Nuova Italia, 1995.

tomar como grilla interpretativa el modelo propuesto por Norberto Bobbio respecto de la interpretación de la ideología fascista.³ El filósofo turinés sostiene que el fascismo se distingue por su antirracionalismo, antiprogresismo, antimaterialismo, antiindividualismo y antiparlamentarismo.

El fascismo es antirracional en tanto que rechaza toda concepción dirigida a atribuir a la razón —entendida como libre capacidad de proyectar el orden humano y social— un rol significativo en la historia, decretando de este modo la imposibilidad de transformar una sociedad desigual en individuos iguales. De esta posición deriva su anti-progresismo: la sociedad humana y los hombres no son perfectibles. A la concepción iluminista de un proceso histórico orientable de lo peor a lo mejor, de la opresión a la libertad, la ideología fascista contraponen la imagen naturalista de una temporalidad cíclica.

El naufragio de cada esperanza racional de mejoramiento lleva al tercer aspecto señalado por Bobbio: el antimaterialismo que desemboca en la ética del sacrificio. La modernidad del siglo XX aparece como una época de falso progreso y de falsos valores a los cuales es necesario contraponer el gesto individual, el sufrimiento que nace de la fatiga y de la renuncia. Cualidades éstas que no pertenecen a los individuos, inclinados a unos procesos disolutivos, y que sólo pueden ser salvados por la intervención de un Estado autoritario y fuerte. Un Estado es un orden social fundado sobre el principio que constituye la síntesis política de estos rasgos ideológicos: el antiparlamentarismo. Esto es, el rechazo del debate racional, de la discursividad, de la lógica “pacífica” implícita en el método del parlamentarismo, hecho de acuerdos y de la capacidad de escuchar y reconocer como legítimas las opiniones de los otros. A los “tiempos largos” del parlamentarismo se contraponen la necesidad de la eficiencia y la exigencia de la rapidez de las decisiones, valores que hacen emerger una idea de la política como acción pura, como espíritu de conquista.

Si se acepta esta descripción de la ideología fascista es necesario esclarecer como, en la práctica cotidiana, el régimen mussoliniano no haya alcanzado a transformarla en una operativa identidad colectiva, pues el fascismo italiano se ha basado en gran medida sobre una indulgente cultura de la obediencia, sobre un conformismo subalterno y oportunista, sobre la abdicación de cada principio de responsabilidad.

Invirtiéndose el modelo de Bobbio, debemos preguntarnos si el frente antifascista estuvo, por el contrario, unido por un espíritu racionalista e iluminista, por la idea de una moral universalista y racional ligada a una noción de la sociedad constituida sobre la primacía del individuo, por una concepción democrática e igualitaria del poder, orientada a los principios del parlamentarismo. La mayor parte de los opositores de Mussolini estaban mancomunados, por ejemplo, en la referencia a la Revolución Francesa de 1789 como origen de una concepción de la historia abierta al progreso (aún teniendo divergencias sobre los medios y sobre los fines de tal proceso). Sin embargo, más complicado es tratar de trazar una visión común de las relaciones entre sociedad y política, entre individuos y partidos. En efecto, los comunistas eran portadores de una disposición teórica fuertemente verticalista y jerarquizada, pero incluso ésta, estuvo atravesada e influenciada durante los años Treinta, por la cultura social de quienes —en su amplia mayoría jóvenes— se acercaban por primera vez a la conspiración antifascista y que obligaban a las dirigencias del partido a aceptar formas de autonomía organizativa. Es decir, la batalla antifascista obligó a repensar el comunismo como el proceso por el cual el “*libero sviluppo di ciascuno*

è condizione del libero sviluppo di tutti”,⁴ a valorar la acción política como proceso de liberación individual y colectiva.

Verificando que el modelo de Bobbio funciona incluso por contraposición, es necesario ahora preguntarse ¿qué es lo que distingue el paradigma antifascista del paradigma democrático *tout court*? Esto es, el hecho de que el antifascismo unió en una única cultura política fuerzas y valores que de otro modo se habrían encontrado distribuidos ampliamente en un arco heterogéneo y conflictual. Esta unidad podía realizarse sólo de frente a lo que Juan Linz ha definido el *breakdown of democratic regime*,⁵ y podía ser concretado sólo por quienes de él habían verificado de cerca su fragilidad. Los antifascistas italianos a través de un proceso doloroso, alcanzaron a, por un lado, interiorizarse de las razones de la derrota y caída del régimen democrático, y por el otro, a reelaborarlo bajo la forma de una más alta vigilancia crítica y de “*un più acuto senso della storia*”.⁶ El paradigma antifascista es pues un paradigma antifascista contextualizado, adecuado a la época de los totalitarismos y de las dictaduras de masas. Es significativo, en este punto, que la cultura antifascista como cultura política autónoma adquiera su propio sentido en países diferentes de aquellos de “democracia completa” (los Estados Unidos e Inglaterra), midiéndose con realidades históricas e individuales que, por la estabilidad del modelo democrático que la caracterizó; por la debilidad de sus culturas cívicas, por el escaso predicamento que en la mentalidad colectiva tenía el hábito democrático, tuvo necesidad de un excedente ético-político.

El paradigma antifascista está constituido, entonces, por el cruce entre el paradigma democrático y la reflexión de los comunistas, de los socialistas, de los miembros de *Giustizia e Libertà*, de los liberales y de los católicos, sobre las razones de la propia derrota política frente al fascismo. Se trata pues de investigar un conjunto de valores democráticos cimentados entre ellos, y reforzados por dos elementos metapolíticos, no pertenecientes a una específica cultura política sino atinentes a lo que podremos definir como la dimensión existencial del interés público: en primer lugar una concepción activista de la democracia, entendida no sólo como forma de gobierno, sino como modo de vivir la política sobre la base de un principio de responsabilidad individual, de participación total. En segundo lugar, una cultura del conflicto que se contraponía a la imagen uniforme y orgánica de la sociedad, que el fascismo había impuesto, en la cual cada contradicción, cada antagonismo, debía ser cancelado y recompuesto en una unidad superior. De este modo Mussolini había construido una concepción que sublimaba cada conflicto al exterior bajo la forma de la guerra, para esterilizar internamente toda forma de división, de conflicto y de pluralismo que apareciera en la vida política italiana. Por el contrario, el antifascismo había elaborado una concepción pacifista sobre el plano de la política exterior y conflictualista sobre el de la política interna.

La cultura política antifascista ha sido el fruto de un intenso trabajo de historización, de una confrontación plena con la historia italiana y sus debilidades estructurales. Si bien ésta no podía presentarse como una construcción monolítica —de hecho era difícil de

⁴ Karl Marx y F. Engels. **Manifiesto del partido comunista**. Torino, Einaudi, 1970. p. 158.

⁵ Juan Linz. **The breakdown of democratic regimes: Crisis, Breakdown and Reequilibration**. Baltimore-London, The John's Hopkins University Press, 1978.

⁶ De Luna y Revelli. **Fascismo-Antifascismo...**, op.cit., p. 30.

integrar la interpretación croceana del fascismo como un paréntesis destinado a no dejar rastros en la identidad nacional,⁷ y aquella gobettiana de la "rivelazione" en el régimen mussoliniano de un mal antiguo, radicado en la larga duración de la historia italiana y destinado a incidir todavía por mucho tiempo— terminó por integrar la entera anticulación de aquella lectura y de aquel pluralismo, alcanzando así su fuerza más original.

Un intenso trabajo que duró más de veinte años y que atravesó diversas fases, como la derrota de los años veinte, la de la formación de una nueva generación de antifascistas en el exilio después de 1929, la de los años de la Segunda Guerra Mundial y la Resistencia. En este artículo, entonces, intentaremos reconstruir este proceso moviéndonos entre tres espacios geográficos precisos: Turín de los años '20, París en los años '30 y los valles de la provincia piemontesa de Cuneo, en la primera mitad de los años '40, cuando el encuentro entre fascismo y antifascismo conoció su momento decisivo, aquel de la lucha partisana.

De la teoría a la práctica:

ejemplos de conspiración en Turín durante los años veinte

La historiografía del antifascismo ha decripto ya con precisión cual ha sido la organización del Partido Comunista Italiano durante la lucha antifascista. Las razones de la conspiración incitaron la creación de un organismo destinado sólo a garantizar la supervivencia del PCI, centrado exclusivamente en un conspicuo número de funcionarios, una red capilar de revolucionarios profesionales y una exasperada centralización del debate y de la actividad política. Una de las consecuencias más inmediatas de esta disposición fue la desconfianza marcada hacia cualquier forma de espontaneísmo, incluso si, de hecho, la base política del partido gozaba de una cierta autonomía de acción. El componente teleológico que animaba la acción de los comunistas garantizaba una solidaridad ideológica granítica y compacta: se sentían depositarios de grandes certezas y "verdades", sostenidos por una esperanza de revolución que era incluso un proyecto de compleja palingenesis social.

Tenían, en suma, una fe como testimonio y base de su acción política. Y en ella residía su fuerza. Así todo, un precio se pagaba por ello: para los revolucionarios de profesión (que serán luego los funcionarios del partido) los adversarios eran considerados todos "enemigos", los disensos internos, las renunciaciones a la militancia política, eran acontecimientos fuertemente dramatizados, en función de los intereses de los grupos dirigentes del partido, ligados por exasperantes vínculos de disciplina. La sospecha acerca de la existencia de "herejes" o "traidores" a la moral revolucionaria hacía improbable que un compañero de militancia pudiera transformarse en un amigo.

Muy diferentes eran los ambientes en los que se movían, en Turín como en París, los exponentes de *Giustizia e Libertà*. Mario Andreis (que con Aldo Garosci fundó *Voci d'officina*) se graduó en Jurisprudencia en Torino con Gioele Solari, que entonces enseñaba Filosofía del Derecho. Con este último, en 1922, había obtenido su título de grado Piero Gobetti, y un poco más tarde Alessandro Passerin D'Entreves, Mario Einaudi,

⁷ Benedetto Croce. *Per la nuova vita dell'Italia. Scritti e discorsi 1943-44*. Napoli, Ricciardi, 1944, pp. 55-56.

Renato Treves, Franco Antonicelli, Norberto Bobbio, Giorgio Agosti, Livio Bianco y el mismo Aldo Garosci. Amigos y compañeros de escuela: todos juntos se hicieron conspiradores. Sus canales de proselitismo se entretrejieron en el interior de “pequeños mundos” bien conocidos desde siempre, en torno a precisos lugares físicos de la ciudad: los pórticos de la calle Po, la universidad, la hostería de los anarquistas en la calle San Francesco d’ Assisi, la de los obreros republicanos en el callejón Santa María. Fue en esa zona central de la ciudad de Turín durante los años Veinte y Treinta, el lugar donde se consumaron las primeras experiencias conspirativas de *Giustizia e Libertà*, una mezcla de fermentos políticos y de impaciencia juvenil, caracterizada por un tipo de homogeneidad particular fundada en la colocación social y profesional de sus militantes.⁸

Recientemente, entre las cartas del archivo Garosci ha sido encontrado el texto original de una semblanza de Carlo Levi altamente sugerente.⁹ La política aparece en el centro de la relación entre los dos amigos. Es allí que el carisma de Levi se advierte con toda la fascinación de quien está en condiciones de abrir nuevos mundos y horizontes. El cruce político-existencial, que estaba en la base de la “*conspirazione alla luce del sole*”, era evidentemente fortísimo, y sobre la continuidad entre la dimensión existencial y las elecciones políticas, una frase del escrito parecía ya anticipar el juicio del historiador: “¿Cómo se pasó del juego y la exaltación intelectual a la conspiración? Fue una cosa casi insensible, pero no tanto producto de una costumbre. Más bien por ímpetu de actividad y entusiasmo, retornos de ironía y de juego, y de nuevas acciones, y otros entusiasmos y responsabilidades, y aún más ironía y crítica”.

En el texto de Garosci, encontramos una definición completa de la llamada “revolución turinesa”

“No sé si hoy pueda ser fácil entender que este clima de espera (que es propio de la edad y se repite en cada generación, en cada madurar de los individuos), tenía, en aquellos años turineses (que son aquellos en los cuales se ha fundado más tarde el mito de Turín como ciudad elegida para la gufa revolucionaria y política), un contorno preciso. Mientras el fascismo consolidaba su propio poder, nosotros pensábamos todavía en una revolución italiana, en una revolución turinesa (no teníamos una idea clara de ella) que creara algo nuevo no sólo en nuestro país sino en el mundo. Un poco de la esperanza de los “iniciados”, por medio de la gran estación de la poesía idealista, que se mezclaba de diversas maneras con la idea de la lucha de clases, despojada de sus más evidentes aspectos economicistas, y que con la historia única de nuestro país,

⁸ Cfr. Giovanni De Luna, “Una conspirazione alla luce del sole”, en Carlo Levi, *Un’esperienza culturale e politica nella Torino degli anni Trenta*. Archivio di Stato di Torino s.d., pp. 71-86 y la introducción del mismo autor a. M. Andreis, *L’ora del Partito d’Azione. Scritti scelti 1944-1985*, Torino, Istituto Storico della Resistenza in Piemonte, 1991.

⁹ Se trata de un corpus de escritos que Aldo Garosci dedicó a un proyecto de autobiografía, pero que quedó sumamente incompleto. Este material se encuentra en custodia junto con otros de Garosci en el archivo del Istituto Piemontese per la Storia della Resistenza e della Società Contemporanea di Torino. Para un primer análisis del texto, cfr. G. De Luna, *Carlo Levi e Aldo Garosci: i percorsi dell’amicizia, in Gli anni di Parigi. Carlo Levi e i fuorusciti 1926-1933*. Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Centenario di Carlo Levi-Ministero per i Beni e le Attività Culturali, a cargo de María Cristina Maiocchi, 2003, pp. 13-22. Se trata del catálogo de la muestra homónima llevada a cabo en el Archivio di Stato di Torino, entre mayo y junio de 2003, a cargo de María Mimita Lamberti.

había bajado hasta nosotros. No importaba cuán indulgentes habíamos sido con nuestro país (pero sin olvidar las críticas de Gobetti a las actitudes antihistóricas), ya que juntamente, por nuestra propia acción, debía nacer lo que no había existido jamás antes: un ejemplo de política para todos”.

El voluntarismo y la esperanza, la tensión entre el futuro y la intolerancia por el pasado, una visión no complaciente de la historia nacional, el propósito de liberarse de las “taras” heredadas del *Risorgimento* a través del empeño y la dedicación de las minorías heroicas, y además, el rechazo de toda interpretación economicista y determinista del marxismo, la adhesión entusiasta a los nuevos fermentos idealistas después de la árida estación del positivismo: estas fueron las coordenadas en las que nació el proyecto de la “rivoluzione democratica” que el Partido de Acción retomó más tarde durante el proceso de la Resistencia.

Ciertamente, faltaban aún trece años para 1943, sin embargo la cultura turinesa de aquellos años había mostrado su compromiso y particularidad: tres de los trece profesores universitarios que rechazaron el juramento fascista en toda Italia (Ruffini, Venturi, Carrara) enseñaban en Turín, otros cinco (Volterra, Levi della Vida, Pietro Martinetti, Bartolo Nigrisoli, Gaetano De Sanctis), se habían cruzado en la universidad en sus recorridos académicos.¹⁰ El fascismo miraba la ciudad con sospecha, reconociendo en ella una suerte de anti-italianidad, una mezcla de ética calvinista, capitanes de la industria, de obreros comunistas, de herejías de todo tipo que llevaban a una sobreponderación de los judíos y los masones. En suma, un rechazo total de aquello que era considerado como los caracteres originarios de la verdadera Italia (fuertes sentimientos religiosos, tradiciones culturales signadas por el contexto rural, la familia campesina como modelo existencial, etc.).

Como ha observado Giovanni De Luna, en los doce profesores universitarios que no juraron y en todos los ambientes de la conspiración de *Giustizia e Libertà*, había algo de irreductible al fascismo directamente e indirectamente ligado al plano de las conciencias individuales particulares. Es ésta la clave de un antifascismo político que los jóvenes conspiradores concibieron al inicio de su actividad antifascista.

El peso de la derrota y la renovación generacional: el antifascismo italiano en París en los años treinta

Una nueva generación de antifascistas llevó consigo a París –capital del exilio político europeo– un antifascismo político que determinó un salto generacional importante. De hecho, hombres como Garosci, Chiaromonte, Franco Venturi, y otros, no habían vivido como protagonistas la derrota frente al fascismo, entre 1922 y 1924. Y aquel trauma quedaba como el verdadero “nudo” político a desatar por parte de los desterrados italianos. El hecho es que la derrota siempre es difícil de metabolizar. Cuanto más importante es, más largos en el tiempo son sus efectos, arrastrando una amplia gama de

¹⁰ Cfr. H. Goetz, *Il giuramento rifiutato. I docenti universitari e il regime fascista*, La Nuova Italia, Firenze, 2000; y G. Boatti, *Preferirei di no. Le storie dei dodici professori che si opposero a Mussolini*, Einaudi, Torino, 2001.

recriminaciones mutuas, rencores personales, divisiones organizativas, y, también, un espantoso sentido de impotencia. Y ésta, a partir de la llegada de Mussolini al poder, había sido en verdad de dimensiones catastróficas.

Sobre estos vientos de disgregación que soplaban en el pequeño mundo de los italianos en París, son de fundamental importancia los testimonios de Angelo Tasca. En sus cartas conservadas en la Biblioteca Feltrinelli de Milán, han sido encontrados los resúmenes escritos de las entrevistas sobre las que se basó para escribir su clásico *Nascita e avvento del fascismo*.¹¹ Entre 1934 y 1936, mientras uno detrás del otro organizaba los fundamentos de su reconstrucción histórica, Tasca encontró a Nitti, Cianca, Modigliani, Buozzi, Rosselli, Baldini, Lussu, Campolonghi, en suma, a todos los principales exponentes del antifascismo italiano no comunista. Al releer esas notas se advierte casi un sentido de distanciamiento, una mirada impiadosa sobre los efectos devastadores de una derrota política. Como si en quien ya ha perdido la amargura se conjagara una suerte de tartamudeo intelectual, la impotencia con un resignado asombro.

Cuando Tasca realiza sus entrevistas, han pasado ya más de dieciséis años de la victoria del fascismo. Sin embargo Nitti (sobre todo) —pero también Buozzi, Modigliani, Baldini—, parecía no haber adquirido aún ninguna forma de conciencia nueva respecto de aquellos acontecimientos trágicos y a la vez grandiosos, de los cuales había sido protagonista.

Su relato es abundante en anécdotas, una secuencia en la cual todo es casual, con amplio espacio para las pequeñeces sobre la rivalidad entre Nitti y Giolitti, sobre la trastienda monetaria de la aversión de D'Annunzio contra el Nitti (“en junio de 1919, D'Annunzio pidió tres millones para organizar un raid aéreo sobre Tokio, que Nitti rechazó”), sobre el doble juego del Duque de Aosta, sobre la superficialidad de Giovanni Amendola (“no hay de qué asustarse, Mussolini se comportará según la Constitución”).

Incluso la “Marcha sobre Roma” (Modigliani: “Mussolini habría sido empujado a la Marcha sobre Roma a patadas en el culo”; Nitti: “Los escuadristas hicieron la Marcha sobre Roma contra la voluntad de Mussolini”) asume los contornos de una grotesca improvisación. En cambio, se agregan indicios significativos sobre el complejo trabajo de personajes desconocidos o casi (el empresario Brambilla, Finzi, Scaff, Giorgini, Romano Avezana....), intermediarios improvisados que trataban con Nitti, con Calandra, con Mussolini, fuera de cualquier mandato institucional, “mediadores” que se acomodaban en los territorios que la descomposición de las instituciones representativas del Estado Liberal había dejado libre. La sensación, en suma, es que más que iluminarnos sobre las razones de la victoria del fascismo, esas páginas restituyen el retrato de las fallas de una clase dirigente entera, de una Italia liberal precipitada en la derrota sin darse cuenta de ella, como para transmitir una llave interpretativa que no fuera el ataque o la recriminación.

¹¹ La primera edición italiana, a cargo de *La Nuova Italia*, es de 1950. El libro —considerado un clásico en su género— fue publicado, primero en Checoslovaquia e Inglaterra y luego en Francia. La segunda edición italiana es de 1965, a través de Laterza. Sin embargo aquí, fue omitido —por una discutible sugerencia de Renzo de Felice— el prefacio de la edición de 1950, en el cual Tasca hacía referencia a las entrevistas y a los testimonios recogidos, amputándole a la obra de un documento esencial para comprender la pasión civil y el rigor historiográfico que Tasca había prodigado en el libro. El prefacio ha sido reimpreso en la última edición de 1995 —también de *La Nuova Italia*, con un estudio preliminar magistral de Sergio Soave.

No por casualidad en 1977, interviniendo en un coloquio florentino sobre el grupo *Giustizia e Libertà*, el historiador Franco Venturi –quien había formado parte de ese grupo antifascista– señaló cuál había sido la posición de Carlo Rosselli respecto de exilio: “siempre Rosselli se cuidó de la tentación de idealizar el exilio, así como contra la posibilidad de dejarse absorber por las pasiones y los problemas del país en el cual se encontraba”.¹² Para Rosselli, los exiliados tenían casi siempre pésimos juicios de los países en los cuales se encontraban viviendo, precisamente por la tendencia que tenían a transportar mecánicamente las posiciones de lucha, los juicios de valor e incluso los sentimientos relativos a sus propios países de origen.

La situación de Francia al inicio de los años treinta era ya la de una crisis política e intelectual amenazante. Las opciones políticas de la derecha y de la izquierda se alejaban cada vez más de un acercamiento normal al poder, para asumir el carácter de un cambio radical o de ruptura, acompañados de choques violentos y actos insurreccionales por las calles de París. En aquellos años, la política francesa se impregnó de un espíritu de impaciencia respecto de las soluciones y los partidos tradicionales, de un interés por las elecciones no conformistas, de un deseo de novedad, que incluso se tradujo en una fuerte desconfianza hacia la democracia: el mito de la primacía de la técnica; del Estado tecnocrático, de la planificación económica; de las corporaciones, fascinaban a las nuevas generaciones y a los intelectuales.¹³

Lo que ha sido definido como “el espíritu de los años treinta”¹⁴ comprende este escenario de percepciones y motivaciones. Al inicio de aquel decenio muchos jóvenes intelectuales franceses manifestaron un vivo interés por la política poniendo en marcha una reflexión sobre los regímenes totalitarios y sobre las consecuencias del progreso técnico. Esta voluntad dio vida a una riquísima efervescencia ideológica, que se expresará a través de una multiplicidad de publicaciones más o menos efímeras, tanto que aún hoy es muy difícil poder hacer un elenco exacto de las mismas. Este “espíritu de los años treinta” se manifiesta ante las fuertes experiencias políticas del momento (desarrollo de las ligas de derecha, la Guerra de Etiopía; la Guerra Civil Española), aunque efímero o bien incapaz de resistir a la magnitud de los acontecimientos.

La historiografía francesa reciente se ha interesado, en particular, en las razones de la crisis final de esta galaxia cultural. Por ejemplo, Olivier Dard, sobre la base del estudio de revistas y archivos todavía no explorados con detenimiento, ha propuesto una nueva interpretación de esta experiencia, articulada no más entorno a la definición de “no-conformistas”, sino alrededor del concepto de “nuevos sustitutos”. Para Dard, esos jóvenes intelectuales –que divide en “realistas” y “espiritualistas”– habrían querido presentarse como el cambio generacional necesario para afrontar mejor los desafíos de la época. Formados durante los años veinte, estos intelectuales estuvieron fuertemente

¹² Franco Venturi, “Carlo Rosselli e la cultura francese”, en C. Francovich (ed.) *Giustizia e Libertà nella lotta antifascista e nella storia d'Italia. Attualità e dei fratelli Rosselli a quarant'anni del loro sacrificio*. Firenze, La Nuova Italia, 1979, p. 163.

¹³ Para un análisis detallado de este clima político e intelectual, cfr. Leonardo Casalino, “L'esperienza di GL nella Francia degli anni Trenta”, en *Gli anni di Parigi...*, op. cit., pp. 31-41.

¹⁴ Cfr. Jean Touchard, “L'Esprit des années 1930 : une tentative de renouvellement de la pensée politique française”, en *Tendances politiques dans la vie politique française depuis 1789*. París, Hachette, 1960, pp. 90-120.

influenciados por la gran crisis económica de 1929, la cual firmó –según éstos–, la sentencia de muerte de los viejos grupos dirigentes, significando tanto un punto de llegada como de partida, entendida esta última como la necesidad de una transformación profunda de Francia. Así todo, aunque presentes en numerosos frentes políticos, sociales, culturales, estos intelectuales no alcanzaron –a excepción de los tecnócratas– a estar a la altura de sus ambiciones políticas.¹⁵

Un joven historiador milanés, Marco Gervasoni, ha explicado de un modo muy convincente como en aquel “abigarrado sistema de creencias”¹⁶ ha sido posible verificar unos temas comunes también presentes en la reflexión de los miembros de *Giustizia e Libertà*, que comenzaron a formar parte del bagaje teórico y cultural del antifascismo italiano: el vitalismo entendido como exaltación de la acción respecto a las normas fijadas por la sociedad; el socialismo concebido más como acción moral que como doctrina, la desconfianza hacia la organización en partidos, la convicción de que la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929 señalaron dos momentos de ruptura decisivos en la historia europea, y que estos comportaron la necesidad, por un lado, de la búsqueda de un mundo espiritual nuevo, por el otro, de la construcción de un orden económico y de una forma de Estado completamente renovados. También 1929 había sido el año de la fundación de *Giustizia e Libertà*. La reflexión sobre la crisis financiera internacional de 1929 había caracterizado a los primeros años del movimiento y los “giellisti” se habían convencido de que era necesaria una intervención estatal en la economía. Una intervención, sin embargo, que debía estar acompañada por una política de autonomía para evitar que se transformara en un peligroso instrumento en mano de los regímenes autoritarios de derecha y de izquierda. De allí que era necesaria la formación de una opinión pública diferenciada, en condiciones de elegir sin rigidez preconstituida entre diversas propuestas políticas.

Al momento de su creación, en *Giustizia e Libertà* se reconocieron jóvenes de inspiración liberal y gobettiana, núcleos de republicanos sardos, amigos y alumnos de Gaetano Salvemini y hombres de cultura y educación socialista. Si se utiliza el modelo interpretativo propuesto por Dard podemos decir que el salto generacional –casi ninguno de ellos había estado políticamente activo antes de 1922– ayuda a comprender el elemento que unificó orígenes tan diversos y el perfil de la novedad de su cultura política.

En el antifascismo global no faltaron otras figuras innovadoras. Los comunistas y los socialistas también alcanzaron algún tipo de renovación, pero en el marco de las tradiciones y los movimientos internacionales en los cuales los dos partidos habían encontrado puntos de referencia. En las condiciones difíciles y penosas del exilio –en el que resistir y durar eran pruebas de coraje y de fuerza moral– los miembros de *Giustizia e Libertà* no se acomodaron en las familias políticas ya existentes, sino que levantaron

¹⁵ Cfr. Olivier Dard, *Le rendez-vous manqué des relèves des années 30*, París, PUF, 2002. Para la definición de la categoría de no-conformistas, la referencia es el libro de Jean-Louis Loubet del Bayle, *Le non-conformistes des années 30*, París, Editions du Seuil, 1969. Reimpreso con una introducción actualizada en 2001.

¹⁶ Marco Gervasoni, “Carlo Rosselli, *Giustizia e Libertà* e «l’esprit des années trente»”, en Antonio Bechelloni (ed.) *Carlo e Nello Rosselli e l’antifascismo europeo*, Milán, Franco Angeli, 2001, p. 100. Cfr. también de Marco Gervasoni, “Metapolitica e miti politici di massa nell’età dell’emergenza: Carlo Levi e la cultura politica francese degli anni Trenta”, en *Gli anni di Parigi...* op. cit., pp. 23-29.

en sus hombros todas las anclas y decidieron navegar en mar abierto a la búsqueda de una nueva realidad organizativa y de una nueva base de pensamiento.

La determinación de no ceder al complejo de la derrota, unida a la convicción de no asumir como propia la responsabilidad de ella, era una de las ideas que ya alimentaban también el activismo de los comunistas, preparados para ocupar una posición predominante en la lucha contra el fascismo, una posición que mantuvieron por veinte años. También el PCI transfirió al extranjero sus órganos directivos, pero a diferencia de las otras formaciones los comunistas hicieron un importante esfuerzo por mantener en Italia una organización conspirativa, con el objetivo de despertar en las masas el sentimiento de oposición clasista y de suscitar formas elementales de resistencia frente a los patrones industriales y agrarios, además de a la política del gobierno. El período de mayor vivacidad del antifascismo clandestino en Italia, coincidió entre el '29 y el '32, con los años de la gran crisis seguida a la caída de Wall Street. Los comunistas buscaron el reclutamiento de militantes apoyándose en el malestar material, que causó diversos episodios de protesta popular, para construir la base de una oposición de masa al régimen. Así todo, no obstante su compromiso organizativo, el pasaje de la movilización social a la ruptura organizativa no se concretó.

Después de 1932, disminuyeron las actividades ilegales y cambiaron las tácticas conspirativas. Los opositores del fascismo habían partido del presupuesto de que detrás de una fachada de pasividad y sostenimiento, amplias masas del pueblo italiano alimentaban sentimientos de rechazo respecto del régimen fascista, y que correspondía a las vanguardias políticas poner en movimiento estas energías comprimidas, demostrando la vulnerabilidad de la dictadura. Sólo progresivamente se hizo camino la conciencia del condicionamiento ejercido por el fascismo sobre los italianos de todas las franjas sociales. Emerge, entonces, el propósito de acercarse a las experiencias cotidianas de la vida de la población y de involucrarse en las tensiones y las inquietudes que se manifestaban dentro del marco del dominio fascista de la sociedad, para reconstruir desde el interior la trama de un movimiento de oposición. Nace así la táctica del "trabajo legal", puesta en marcha sobre todo por los comunistas, en sintonía con un análisis –desarrollado por Palmiro Togliatti en el exilio– que identificaba al fascismo como un régimen reaccionario de masas.¹⁷

El partido obligó a sus militantes a entrar en los sindicatos, en el "Dopolavoro", en las organizaciones juveniles, con el objetivo de llegar a una síntesis coyuntural entre la oposición antifascista consciente y la nueva oposición que podría germinar en el interior del sistema de organizaciones creado por el fascismo. Los tonos que va asumiendo el discurso comunista –particularmente el llamado a los "hermanos en camisa negra" lanzado en 1936 después de la fundación del Imperio– suscitaron gran desconcierto entre las otras formaciones antifascistas, en particular fueron criticados por el Centro Socialista Interno, constituido en 1934, que después de la represión perpetrada sobre los núcleos italianos de *Giustizia e Libertà* representó –antes de ser también desmantelado por la policía en 1937– el principal centro conspirativo no comunista en el interior de Italia.

¹⁷ Cfr. Emilio Gentile, *Fascismo e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre*, Firenze, Le Monnier, 2000; y Simona Colarizi, *L'Italia antifascista dal 1922 al 1940. La lotta dei protagonisti*, Roma-Bari, Laterza, 1976.

Durante toda la duración del régimen, el antifascismo activo estuvo constituido por una minoría restringida. En algún sentido, la dicotomía fascismo/antifascismo, adhesión/rechazo, no da cuenta de un modo adecuado de la multiplicidad de las elecciones individuales y de los comportamientos colectivos. Además del círculo interno representado por el antifascismo en sentido estricto, es decir, el que intentaba atacar abiertamente la legalidad del régimen, había de hecho en el país un área más amplia de no-conformismo: área de contornos móviles caracterizada por una gran variedad de comportamientos, en los cuales era posible discernir la voluntad de sustraerse al despotismo aún sin que ello significara una oposición explícita. La extensión misma del proyecto totalitario del régimen, que pretendía sujetar bajo el propio mando aspectos de la existencia individual reservados por norma a la esfera de los eventos personales, hizo que el contraste entre el ciudadano y la autoridad pudiera manifestarse incluso en ámbitos a menudo fuera del radio de acción de la política.

Las manifestaciones de disenso social, esto es, las protestas populares nacidas espontáneamente en los lugares de trabajo o de residencia, el culto de la memoria, clasista o liberal, y unas solidaridades de grupo, practicadas a puertas cerradas en los ambientes privados de los burgueses, o en los espacios clásicos de la sociabilidad popular, formas pobres de protesta que van de los escritos murales a la inventiva, de los gestos instintivos de insubordinación a los comportamientos que ostentaban una extranjería respecto del régimen y que apelaban a una identidad contraria; la actividad de los maestros y profesores que en la escuela fascistizada buscaban transmitir un mensaje de distanciamiento crítico y de independencia: fueron éstas sólo algunas de las manifestaciones a través de las cuales se expresó el intento de resistir a la influencia fascista, sin llegar a actos de abierta contestación frente al poder y de desafío al primado político del fascismo.

Volviendo a la acción antifascista en el exterior, es posible distinguir dos fases diversas y sucesivas. En la primera, el antifascismo fue una experiencia esencialmente italiana, y los exiliados se encontraron en condiciones de sustancial aislamiento respecto a la opinión pública internacional. Después del advenimiento de Hitler al poder, en enero de 1933, el conflicto entre fascismo y antifascismo asumió, en cambio, una dimensión europea: se transformó en el aspecto saliente del entusiasmo político e idealista de los años que precedieron al segundo conflicto mundial. La lucha respecto del fascismo, y contra la amenaza de guerra que el fascismo hacía a pesar sobre el mundo, aparece entonces como una batalla en defensa de la civilización, trascendiendo el ámbito de la política en sentido estricto hasta incorporar ampliamente al mundo de la cultura. El epicentro de esta movilización fue en principio Francia (1934-35), y luego, desde 1936, España, donde por primera vez el antifascismo se expresó como lucha armada. Los exiliados italianos fueron incorporados, de este modo, en un flujo de acontecimientos internacionales que les brindó un nuevo campo de intervención, en el mismo momento en que el debilitamiento de las relaciones con Italia impedía la posibilidad de intervenciones directas en la realidad del país.

Con la Guerra Civil Española, a pesar de las diferencias organizativas, la solidaridad política e ideal entre las distintas fuerzas antifascistas llegó a su punto culminante. Carlo Rosselli, quien puso en el centro de su reflexión y de su iniciativa política el problema de la coalición antifascista y de la "unificación política del proletariado italiano" (antes de ser asesinado en Normandía en junio de 1937) fue el símbolo de esta etapa.

No se trató de un fenómeno únicamente italiano: la sensación de que desde el fascismo se conducía una fuerte impugnación de los presupuestos de la convivencia civil y del patrimonio cultural de Europa, se reforzó en el plano internacional a la luz de la experiencia española, la cual llevó a acentuar no sólo los objetivos comunes de los diversos antifascismos, sino también –al menos en una primera etapa– la base de valores comunes a las diferentes tradiciones político-culturales comprometidas en la lucha.

Igualmente, resurge en este período el intento de establecer relaciones más intensas entre los exiliados antifascistas y la masa de italianos residentes en Francia. En efecto, promovida por los comunistas, la *Unione popolare italiana* (1937) se propuso recoger adhesiones entre los emigrados más allá de las distinciones ideológicas y de partido, presentándose como el centro aglutinador de la verdadera italianidad respecto a las representaciones oficiales de la Italia fascista. Bajo la guía de Romano Cocchi –un ex “popolare” que habría terminado sus años en Buchenwald– la *Unione* se transforma en la organización más consistente del antifascismo italiano emigrado.

El estallido de la guerra encontró al antifascismo en una condición de impotencia. En Italia, aunque la popularidad del régimen había caído respecto de la época de la conquista del Imperio, el sistema de poder no presentaba fisuras: la alianza con Alemania y la legislación anti-judía habían suscitado malestar pero esto no había alcanzado para ampliar en modo apreciable las filas de la oposición. Un motivo adicional de desorientación vino por la llamada no beligerancia italiana, que pareció poner al fascismo al reparo de los contragolpes de una eventual caída de la Alemania nazi. Además, para complacer a Mussolini, el gobierno francés instaló rigurosas limitaciones a la actividad de los exiliados, impidiendo en particular la constitución de una legión de combatientes italianos que –en los planes del antifascismo– habría podido representar simbólicamente a Italia en el alineamiento político de la defensa de la democracia. Después de la caída de Francia, muchos exiliados –sobre todo de orientación democrático-republicana– recalaron en Estados Unidos, donde hacia finales de 1939 se había constituido la Mazzini Society, dirigida por Max Ascoli y Alberto Tarchiani.

De este modo, entre 1941 y 1943, se consolidan dos centros políticos de la emigración antifascista que compiten por su primacía. El que operaba en Estados Unidos –liderado por la figura de Carlo Sforza– buscó un reconocimiento oficial por parte de los aliados, proponiéndose como la dirigencia sustituta de la Italia post-fascista. El segundo centro antifascista se constituyó en Francia por iniciativa del Partido Comunista Italiano, que después del ataque alemán a la URSS volvió a comprometerse en la construcción de un amplio agrupamiento antifascista. Semejante al de la gran alianza entre la democracia occidental y la Unión Soviética y con la adhesión a título individual de exponentes del Partido Socialista Italiano y de *Giustizia e Libertà*, se formó en octubre de 1941 en Tolosa, un *Comitato d'azione per l'unione del popolo italiano*.

La experiencia de la Guerra y el nuevo antifascismo

De todos modos, la partida decisiva ya no se jugaba más en el exterior sino dentro de Italia, donde la reorganización de las fuerzas antifascistas adviene fuera de la influencia directa de los exiliados. Por otra parte, el restablecimiento de la iniciativa antifascista en Italia no se dio paralelamente con el debilitamiento del régimen. Solamente en una

dimensión limitada, la crisis del frente interno que erosionó las bases de masa de la dictadura, proveyó a la oposición de una incipiente acción clandestina. También la reconstrucción de los partidos políticos procedió lentamente durante el año 1942: nacieron entonces el *Partito d'Azione* y la *Democrazia cristiana*, y fue refundado el Partido Socialista Italiano, pero ninguna de éstas fuerzas alcanzó una consistencia y eficiencia tales como para consentir una acción que fuera más allá de las dimensiones organizativas o de cualquier iniciativa de propaganda. Muchos, y sobre todo jóvenes, como veremos más adelante, fueron los que llegaron al antifascismo a través de un proceso autónomo de maduración espiritual, sin relación con las fuerzas organizadas.

Sólo los comunistas, más rápidos en reconstruir una presencia sobre el territorio nacional, intentaron forzar la situación con el recurso a la lucha de masas. Las huelgas en las fábricas del Norte de marzo de 1943 mostraron una fuerte identificación entre su trabajo conspirativo y la exasperación creciente en los sectores populares a causa de los efectos provocados por la guerra, pero ni siquiera esto le alcanzó para convertir la acción popular en un factor político decisivo para la liquidación del fascismo.

Luego del asesinato de Carlo Rosselli, acaecido en Francia en julio de 1937, y después de la desilusionante conclusión de la Guerra Civil Española, también *Giustizia e Libertà* cayó en una crisis política profunda. El aumento de las tensiones internas y el agotamiento de cada espacio de maniobra política revelaron la debilidad de una experiencia que definía su originalidad más en la propia capacidad de acción que en una consolidada reflexión teórica. Además, los duros golpes infligidos por la policía fascista a los grupos de la "conspirazione interna" —particularmente a aquellos con sede en Turín— habían privado a los miembros de *Giustizia e Libertà* de la posibilidad de influenciar a la nueva generación de antifascistas que se asomaron a la escena política al inicio de los años '40.

En este caso, los comunistas fueron capaces de alcanzar una fuerza de atracción mayor. Pero el cambio decisivo respecto del régimen mussoliniano estuvo determinado por el desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial. Los repetidos fracasos militares del ejército italiano, los bombardeos aliados sobre las ciudades, la crisis económica, el hambre, minaron el consenso interno hacia el fascismo. También a través de la guerra, muchos jóvenes que habían partido para el frente militar con orgullo fascista o con un sentimiento "afascista", volvieron como veteranos desilusionados, amargados, humillados por una retórica nacionalista en el nombre de la cual millones de personas fueron enviadas a morir. La campaña militar en Rusia y su trágica conclusión señalaron el punto más alto de esta enorme tragedia. De ese gran desastre se salvó un joven oficial, Nuto Revelli, quien se transformó después de la guerra en el defensor más comprometido en la defensa de la memoria de aquella experiencia.¹⁸

Para Revelli, quien había nacido en Cuneo y había alcanzado el cargo de oficial de la *Accademia di Modena*, la campaña de Rusia representó el primer encargo importante

¹⁸ Cfr. Nuto Revelli *percorsi di memoria*, "Il Presente e la Storia", 55, giugno 1999. A mi juicio, la obra de Nuto Revelli constituye una de las páginas más importantes de la cultura italiana y europea del siglo XX. Sobre la guerra de los italianos en Rusia son fundamentales: *Mai tardi. Diario di un alpino in Russia*, Cuneo, Panfilo, 1946; *La guerra dei poveri*, Torino, Einaudi, 1962; *La strada del davai*, Torino, Einaudi, 1967; *L'ultimo fronte. Lettere di soldati caduti o dispersi nella seconda guerra mondiale*, Torino, Einaudi, 1971.

de su carrera militar. Después de la primera fase de éxitos, el ejército italiano y también el alemán, fueron obligados a replegarse y a retirarse. En esa circunstancia, Roma, el Rey y el Duce, se olvidaron de aquellos millares de jóvenes también obligados a recorrer cientos de kilómetros a pie, en la nieve y el frío siberianos sin calzados, vestimenta o alimento.

En aquellos largos e interminables días, mientras intentaba salvar el mayor número posible de soldados, Revelli consumó su distancia respecto del fascismo. No era una elección política en el sentido clásico, sino que nacía de su experiencia directa. La suya era parte de una generación que no sabía nada de lo que había acontecido con la emigración política en el París de los años treinta; que había cerrado los ojos frente a las leyes raciales de 1938; que se sentía lejana de las camisas negras por formación familiar, sin por ello encontrar una buena razón para combatir las. En fin, que había elegido el Ejército especialmente para marcar una autonomía frente al fascismo: la defensa de una nación, no de un régimen.

Durante la retirada de Rusia, este conjunto de convicciones cayó como un castillo de cartas. Una vez llegado a Cuneo en el año '43, Revelli se encerró en su propia habitación de la casa paterna, sin lograr hablar con nadie. Había presentado su dimisión ante el Ejército, pero tenía la sensación —que será la misma de Primo Levi una vez terminado el largo viaje de retorno a Turín desde Auschwitz— de no poder ser comprendido, que lo que había visto o había hecho —como cortar los pies hinchados por el frío de sus soldados antes de que fuera demasiado tarde— no podía quedar sólo como un doloroso recuerdo personal. Cuando —después del armisticio del 8 de septiembre— los alemanes ocuparon Cuneo, subir a la montaña y organizar los grupos de jóvenes soldados que escapaban para no ser arrestados y muertos por los ex aliados, fue un deber moral antes que político. Así, Revelli deviene partisano para defender la independencia de Italia en contra de la ocupación de un enemigo, y no en nombre de una ideología socialista o comunista. Pero es en la montaña donde encontró a los “políticos”, es decir, a algunos de aquellos muchachos que en los años treinta habían estado en París (como Franco Venturi y Leo Valiani) o en prisión (como Vittorio Foa).

Dada su experiencia militar, no le fue difícil transformarse en el jefe, en el que organizaba la lucha contra el enemigo y que sabía como adiestrar y tener unido un pequeño ejército. Sin embargo, era durante la noche el momento en que escuchaba a los “políticos” que transformaron la lucha partisana en una extraordinaria e irrepetible instancia de formación ética y civil. De aquel encuentro entre espontaneísmo y organización, si quisiéramos usar una terminología hoy poco usada, nació la “moralidad” de la *Resistenza italiana*, esa fuerza que supo unir a las minorías heroicas de los años veinte y treinta con los que lograron sustraer su experiencia para salvarse de la zona gris de los indiferentes y del oportunismo.¹⁹

Esa “zona gris” a través de la cual pasaba el nuevo frente de combate entre fascismo y antifascismo y que determinó la continuidad entre la herencia del régimen mussoliniano y la experiencia política y social de la Italia republicana. Por otra parte, si en el proceso de construcción de la República el antifascismo pudo expandir su influencia y transformarse en el protagonista de la escena política italiana, esto no fue debido a

¹⁹ Cfr. Nuto Revelli, *Le due guerre. Guerra fascista e guerra partigiana*. Torino, Einaudi, 2003.

afortunados accidentes políticos, sin al patrimonio de recursos morales y políticos acumulados en los años de luchas coyunturalmente infructuosas. La existencia de tal patrimonio consintió que el nacimiento de la nueva Italia no se diera en un vacío de experiencia, de bases culturales débiles o de relaciones organizativas fútiles. Por el contrario, fue posible poner en marcha un patrimonio que había transformado en profundidad las culturas políticas de la oposición, obligándolas a implantarse más sólidamente en el terreno de la democracia, e incluso a descubrir su valor como sistema político.²⁰

Consideraciones finales

No hay duda, de que el modo de juzgar a la dictadura fascista tuvo un efecto decisivo, yendo un poco más allá del problema del fascismo en tanto tal, en la percepción de la evolución de la cultura política italiana, en primer lugar, respecto de su colocación frente al problema de la democracia. El fascismo, a partir de una forma política y una ideología antidemocrática, dio vida a un estado sólidamente dictatorial que si bien no alcanzó los extremos represivos y persecutorios conocidos en otras naciones europeas de la época, esto no fue porque sus elementos ideológicos fueran de naturaleza poco radicalizada y sólo ocasionalmente violentos.²¹ En otras palabras más simples: la relativa blandura del régimen fue la consecuencia, por un lado, de la facilidad con la cual llegó a un alto grado de consenso. Por el otro, del hecho de que el estado totalitario italiano no debía encontrarse con un contexto internacional profundamente adverso. Italia, no obstante los aspectos negativos del mito de la “paz mutilada”, nunca tuvo una situación ni siquiera lejanamente comparable a los efectos devastadores que el Tratado de Versalles provocó sobre la sociedad alemana. La crisis de la sociedad italiana que desembocó en el fascismo tuvo pues una connotación antidemocrática, cuyas raíces fueron todas internas. Se trató de una crisis ante la cual las fuerzas opositoras a la dictadura por largo tiempo no consideraron que el remedio se encontrara en el recurso a los valores y a las instituciones de la democracia.

Sin embargo, de aquel fascismo sólidamente *cramponné au pouvoir* por veinte años y, de aquella cultura política liberal, socialista, “giellista”, comunista y católica, todos marcados en profundidad por fuertes tensiones antidemocráticas, nació la democracia italiana de la segunda postguerra. Ciertamente, el acontecimiento conserva algunos rasgos de casualidad y de paradoja, en tanto que el punto de arribo en la democracia aparece favorecido por un doble orden de motivos. Por un lado, sobre el plano de las “cosas”, indudablemente fue necesario que se produjera aquella mutación genética —no rara en las experiencias colectivas ni en las individuales— que llevó a quienes habían aplaudido bajo los balcones de los comités mussolinianos a derribar con el pico los símbolos de régimen.

²⁰ Cfr. Zunino, *Interpretazione e memoria del fascismo*, op. cit.

²¹ El debate sobre el llamado “totalitarismo imperfetto” mussoliniano se ha enriquecido en los últimos meses gracias a la publicación de algunas investigaciones que sirven para comprender con mayor claridad la organización y el proyecto del régimen fascista. Cfr. L. La Rovere, *Storia del Guf. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista 1919-1943*, prefacio de Bruno Dongiovanni, Torino, Bollati Boringhieri, 2003; D. Rodogno, *Il nuovo ordine mediterraneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa (1940-1943)*, Torino, Bollati Boringhieri, 2003; Emilio Gentile, *Fascismo. Storia e interpretazione*, Laterza, Bari, 2003.

Como hemos visto, determinante en esta nueva disposición de las conductas resultó el terrible espectáculo que se presentó a la vista de los italianos, en 1943, cuando los ejércitos de medio mundo hicieron del territorio nacional un campo de batalla, como no sucedía desde 150 años atrás. Fueron estos, en primer lugar, los acontecimientos que llevaron a enterrar de una vez por todas las profecías organicistas y los mitos nacionalistas que cierta cultura política, católica o no, había esperanzadamente leído en los destinos italianos. Pero fue también, ante la imagen de estas ruinas y la conciencia de su dimensión, que se desarrolló una fundamental obra de revisión de la cultura política y de las ideologías en las que se había inspirado gran parte de la oposición.

Las “cosas”, de este modo, se reflejaron en las “ideas”; y la parábola de un fascismo que era de todo salvo una barbarie pasajera condujo a una mutación histórica de enorme relieve, sea sobre el plano de la cultura política como el de la mentalidad colectiva. Porque fue a través de la experiencia totalitaria que se realizó una evolución profunda al término de la cual advino el restablecimiento, o mejor, la fundación de una cultura democrática italiana. Por lo tanto, mientras el fascismo vencía aplastando a los antifascistas bajo el peso de una Italia penetrada hasta la médula por los ideales del régimen, se había producido un cambio decisivo en la cultura política italiana. La idea democrática se habría impuesto entonces como el pasaje esencial a través del cual se habría encaminado la solución de una crisis que enviaba al Risorgimento, e incluso más atrás aún. La “rivelazione” del fascismo, en el instante mismo en que llevó a la luz la amplitud y la intensidad de las taras que caracterizaban la Italia “profunda” fue –podemos decir– la revelación de los límites históricos insuperables de las ideologías revolucionarias y de las posiciones jacobinas abstractas que habían acompañado, y todavía más, favorecido, el nacimiento y el sostenimiento del régimen totalitario.

Queda el hecho de que el marco ideológico, por decirlo de algún modo, de la democracia nacida en 1945 no habría podido disipar de un golpe su origen contingente, y de algún modo, espurio. Porque esa democracia, en efecto, desde cualquier punto de vista que se la considerase, no “venía desde lejos”. No venía del país que se había inflamado por los ideales fascistas, o del que se había refugiado cómodamente dentro de los límites de un régimen impuesto desde arriba. No venía, ni siquiera, como un eco indirecto de la Italia de los Giolitti, de los Calandra, de los Bonomi, un liberalismo que había demostrado un total “fracaso”. Por último, no venía de las diferentes ideologías del antifascismo en cuanto tal, y tampoco de aquellas posiciones “afascistas” (que recientemente se han querido revisar benévolutamente, rescatando el pasado de ciertos hombres y de ciertos grupos que animaron la Italia de la Segunda postguerra). Ya que tanto Croce como De Gasperi, Nenni como Lussu –para referirse a algunas figuras símbolo– no disponían en su armamento ideológico, sólidos y más compactos elementos de democracia de cuantos se encontraban en el Partido Comunista de Gramsci y Togliatti. Y aún así, fue por estos hombres y por las fuerzas políticas y culturales que representaban que nació la democracia. Una democracia cuyos valores habían sido descubiertos en el límite de experiencias imprevistas e incontrolables, a lo largo de un camino accidentado y por distintos lugares del mundo. En este itinerario fue fundamental la colisión ideológica y cultural antes que política y social, con el fascismo, y el encuentro con la cultura y las experiencias de países extranjeros, comenzando por Francia.

De este modo, en el sucesivo desarrollo de una democracia caracterizada por un proceder al mismo tiempo perezoso y arriesgado, habría sido esencial en cada pasaje crítico, el recuerdo del pasado, en particular, la memoria de la experiencia fascista.

Traducido del italiano por Ricardo Pasolini